

Alianza Universidad

Angelo Panebianco

alternativa académica

Estudiantes, Docentes y Graduados
Facultad de Ciencias Sociales • UBA

Modelos de partido

Organización y poder en los partidos políticos

Versión española de
Mario Trinidad

*Esta publicación se ha realizado en colaboración
con la Biblioteca Italia, un programa de
la Fundación Giovanni Agnelli para la difusión
de la cultura italiana.*

Alianza
Editorial

14. LOS PARTIDOS Y LA DEMOCRACIA: TRANSFORMACIONES Y CRISIS *

Premisa

Las transformaciones que están teniendo lugar en los partidos europeos, pueden analizarse desde dos ángulos distintos. Nos podemos interrogar sobre el grado de vitalidad que aún conservan los viejos módulos organizativos, buscar los síntomas de su declive, evaluar las formas y la dirección en que se desarrollarán los eventuales cambios. O bien, podemos desplazar nuestra atención hacia las actividades que tradicionalmente han desarrollado los partidos en los distintos sistemas políticos y examinar sus posibles cambios y su eventual crisis. En el primer caso nos estaremos moviendo en un marco suficientemente delimitado que privilegia el análisis organizativo de cada partido en concreto. En el segundo nos moveremos, en cambio, en un terreno más amplio y, naturalmente, más resbaladizo

* De un modo elaborado y sistemático, he afrontado el tema de que trata este capítulo en una ponencia sobre las transformaciones del partido de masas presentada en el simposio sobre «Las transformaciones de la democracia representativa en los países de capitalismo maduro y el caso italiano», organizado por la Fundación Feltrinelli (Milán, junio 1979).

y menos fiable, en el que lo que aparece como problema es la transformación de los régimenes políticos democráticos (de los que los partidos son un eje decisivo).

El punto de vista de que hemos partido en nuestro trabajo, implica considerar que ambos problemas están ligados entre sí, que las actividades que desarrollan los partidos cambiarán o no según también o no sus módulos organizativos, y que, por tanto, el análisis del segundo de estos problemas contribuye a iluminar aspectos importantes del primero. Por tanto, la reflexión sobre los cambios organizativos que los partidos occidentales están experimentando puede ser un modo de abordar procesos de más amplio alcance¹.

El partido burocrático de masas y el partido profesional-electoral

A comienzos de los años cincuenta Maurice Duverger daba cuenta de la consolidación, en el seno de los régimenes democráticos, del partido de masas frente a cualquier otro tipo de organización política: su misma obra puede ser leída, y lo ha sido, como un himno a las virtudes políticas del partido de masas. Como consecuencia lógica de este planteamiento, Duverger mantenía que los grandes partidos electorales estadounidenses, cuya evolución había sido hasta entonces muy distinta, constituían un caso manifiesto de «atraso» en el plano organizativo respecto a los partidos de masas del viejo continente.

Quince años más tarde Otto Kirchheimer, al enunciar su teoría del partido-escoba, daba la vuelta a esta interpretación: el partido de masas era sólo una etapa, históricamente superada o en vías de superación, de una evolución organizativa que está transformando los partidos de «integración» (género al que pertenecían, tanto los partidos de clase como los confesionales) en agencias electorales cada vez más parecidas a los partidos estadounidenses².

¹ Sobre estos temas y desde una perspectiva comparada (aunque con una referencia especial al caso italiano), cfr. G. Pasquino, *Crisi dei partiti e ingobernabilidad*, cit., del que he entresacado muchas ideas. Una elaboración distinta, que sin embargo ha influido en este trabajo, sobre todo en cuanto al problema crucial del declive de las identidades colectivas, ha sido desarrollada por A. Pizzorno, *Interests and Parties in Pluralism*, cit.

² O. Kirchheimer, *The Transformation of the Western European Party Systems*, en

En contra de lo que pretende una opinión muy difundida, Kirchheimer al acuñar la expresión de partido-escoba, no pensaba en absoluto en una organización cuya base electoral se hubiese hecho tan heterogénea que le permitiera representar a todo el espectro social, y cuya vinculación con la originaria *classe gardée* hubiera desaparecido por completo, Kirchheimer sabía perfectamente que esos rasgos no han caracterizado nunca, ni probablemente caracterizarán nunca a ningún partido. Porque ningún partido puede permitirse borrar por completo su propia identidad frente a las organizaciones rivales. Al igual que sabía, por otro lado, que el viejo partido de masas nunca organizó únicamente a su *classe gardée* (porque una cosa es el «territorio de caza» —*classe gardée*— del que depende la identidad organizativa del partido, y otra la base electoral que siempre es más amplia y que incluye, inevitablemente, otros sectores sociales).

La transformación del partido de masas en partido-escoba, es, según el análisis de Kirchheimer, menos dramático: los lazos con la vieja *classe gardée* se mantienen, pero se hacen más livianos, se diluyen; el partido, simplemente se abre más que lo hacía antes a otros grupos sociales. Para expresarlo con mis propios términos, aquella transformación comporta, naturalmente, una alteración del territorio de caza y, por tanto, una redefinición de la libertad organizativa (como ocurrió con el SPD en Bad Godesberg), pero en ningún caso llegará al extremo de convertir al partido en un representante de la sociedad tout azimut. El partido concentrará preferentemente su atención en aquellos sectores «que no tienen evidentes conflictos de intereses entre sí» y seguirá estando condicionado en su práctica por las tradiciones políticas y por la fisonomía del sistema de estratificación social³.

La excesiva atención hacia las implicaciones de tipo más socio-lógico de la teoría del partido-escoba (en concreto, por los cambios en la composición social del electorado de los distintos partidos) ha hecho que se olyiden, a menudo, determinados aspectos de aquella transformación que para Kirchheimer son, en cambio, más importantes:

¹ LaPalombara, M. Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, cit., 177-200. Vid. la versión castellana del trabajo de Kirchheimer en Kurt Lenk, Franz Jumann (eds.) *Teoria y Sociología críticas de los partidos Políticos*. Barcelona. Anagrama, 1980, p. 328 y ss.

³ *Ibidem*, p. 332.

1. Una marcada desideologización, una reducción del «bagaje ideológico» del partido y una concentración de la propaganda en el mundo de los valores⁴, en temas generales en que son compartidos en principio por amplísimos sectores del electorado: el «desarrollo económico», la «defensa del orden público», etc.

2. Una mayor apertura del partido a la influencia de los grupos de interés; acompañada de una transformación de las viejas organizaciones afines al partido (del tipo sindical, religioso, etc.) en grupos de interés con lazos más débiles y relaciones con el partido más esporádicas que en otro tiempo.

3. La pérdida de peso político de los afiliados y de un declive pronunciado del papel de los militantes de base.

4. El fortalecimiento del poder organizativo de los líderes, que se apoyan ahora, para la financiación de la organización y para mantener sus lazos con el electorado, más en los grupos de interés que en los afiliados⁵.

5. Unas relaciones más débiles entre el partido y su electorado, que dejan de depender de la existencia de una fuerte implantación social de aquél o de subculturas políticas sólidas y compactas.

Hasta aquí los apuntes de Kirchheimer sobre las transformaciones organizativas que acompañan a la consolidación del partido-escoba. Pero si además tomamos en consideración las indicaciones de

⁴ Sobre la distinción entre problemas de «valores» y problemas de «posición», cfr. D. Stokes, *Spatial Models of Party Competition*, «American Political Science Review», LVII (1963).

⁵ El papel de las cuotas de los afiliados como mecanismos de financiación de la organización, se reduce, no sólo por la intervención de los grupos de interés, sino por el recurso a la financiación pública, cuya generalización no podía preverse aún a comienzos de los años sesenta, cuando escribía Kirchheimer. Hay que hacer notar, sin embargo, que la financiación pública y la que se realiza desde los grupos de interés, aún confluyendo ambas en la reducción del peso organizativo de los afiliados, parecen tener efectos contrapuestos sobre la organización: mientras que la financiación pública (con variaciones de unos partidos a otros y según sean las distintas legislaciones nacionales) tiene en la mayoría de los casos como efecto una «concentración del poder», es decir, pone en manos de los líderes del partido un conjunto de recursos monetarios superiores a los que están a disposición de sus adversarios internos, la financiación desde los grupos de interés actúa en la dirección opuesta. Es decir, tiene como resultado una «fragmentación» del poder organizativo: el patrocinio de sus propios candidatos en los distintos partidos por parte de los grupos de interés, así como las funciones de intermediación financiera desempeñadas por los políticos, ponen en manos de un número tendencialmente elevado los líderes, recursos financieros convertibles en recursos políticos, utilizables en la competición interna.

la literatura más reciente sobre los partidos que, al menos en ciertos aspectos, se aproximan más al modelo de Kirchheimer, podemos enumerar otros rasgos organizativos que parecen propios de este tipo de partido. Desde mi punto de vista hay un aspecto especialmente importante que sólo de un modo implícito puede considerarse presente en el análisis de Kirchheimer: la progresiva profesionalización de las organizaciones de partido. En el partido de masas descrito por Weber, Michels y Duverger, el «aparato», la burocracia de partido (la que yo he definido como «burocracia representativa») desempeña un papel crucial: la burocracia representativa es el instrumento mediante el cual los líderes del partido de masas mantienen los estrechos lazos que les unen con los afiliados, y, a través, de éstos, con el grupo social de referencia, la *classe gardée*. En cambio en el nuevo partido son los profesionales (los «expertos», los técnicos que dominan una serie de conocimientos especializados), los que desempeñan un papel cada vez más importante y que son tanto más útiles cuánto más se desplaza el centro de gravedad de la organización desde los afiliados a los electores. A su vez, la profesionalización comporta una serie de consecuencias en el pleno organizativo (sobre las que he avanzado algunas hipótesis en el capítulo XII).

La distinción entre burócratas y profesionales puede servirnos como criterio principal para distinguir dos tipos ideales de partido: el partido burocrático de masas y el partido profesional-electoral⁶. Estos dos modelos se diferencian en toda una serie de aspectos (ver figura 17).

Las diferencias que acabamos de enumerar no requieren especiales comentarios. Se trata simplemente de la enumeración detallada de una serie de cambios organizativos, en parte incluidos en la descripción de Kirchheimer, en parte entresacados de la rica literatura empírica existente sobre los cambios que se han producido recientemente en numerosos partidos occidentales. Naturalmente que se trata de dos tipos ideales. Así como en el pasado, ningún partido

⁶ El partido burocrático de masas y el partido profesional-electoral no son sino una traducción en tipos, de análisis cuyos puntos de referencia son, respectivamente, los trabajos de Duverger y de Kirchheimer. He preferido usar la expresión *partido profesional-electoral*, en lugar de la de *partido-escoba*, no sólo para acentuar el aspecto de la profesionalización sino también para subrayar que el aspecto básico es el organizativo y no el de la representación social. Con algunas diferencias y con preocupaciones distintas, la tipología que más se approxima a la que presentamos aquí es la elaborada por W. E. Wright, *Comparative Party Models: Rational-Efficient and Party Democracy*, cit.

FIGURA 17

Partido burocrático de masas	Partido profesional-electoral
A) Papel central de la burocracia (competencia político-administrativa).	a) Papel central de los profesionales (competencias especializadas).
b) Partido de afiliación con fuertes lazos organizativos de tipo vertical que se dirige sobre todo a un electorado fiel.	b) Partido electoralista, con débiles lazos organizativos de tipo vertical y que se dirige ante todo al electorado de opinión.
c) Posición de preminencia de la dirección del partido; dirección colegiada.	c) Posición de preminencia de los representantes públicos; dirección personalizada.
d) Financiación por medio de las cuotas de los afiliados y mediante actividades colaterales.	d) Financiación a través de los grupos de interés y por medio de fondos públicos.
e) Acentuación de la ideología. Papel central de los creyentes dentro de la organización.	e) El acento recae sobre los problemas concretos y sobre el liderazgo. El papel central lo desempeñan los arribistas y los representantes de los grupos de interés dentro de la organización.

respondió por completo al tipo «burocrático de masas» (y ésta es una de las razones por las que he elegido en este libro un código de lectura distinto del que proponía la literatura tradicional sobre los partidos) en nuestros días ningún partido responde tampoco totalmente, ni podrá probablemente nunca responder, al tipo «profesional-electoral». Existe una serie de tendencias comunes que al afectar a partidos con historias organizativas muy distintas entre sí, abocan a resultados diferentes. El tipo ideal del partido profesional-electoral (al igual que el tipo burocrático de masas) no es más que un contenedor construido con miembros muy poco espesos, que sirven para mostrar ciertas líneas de tendencia; lo que queda por resolver es el problema de las diferencias y de las adaptaciones del modelo de una organización a otra. En la mayoría de los casos lo «viejo» y lo «nuevo» tienden a superponerse y a coexistir en toda organización (y a generar tensiones y conflictos en su seno). Por otra parte, las transformaciones se producen con fuertes variaciones, no sólo en las formas sino en los tiempos, entre unas sociedades y otras y entre unos partidos y otros.

En todo caso las variables que más parecen incidir sobre la ve-

locidad e intensidad de la transformación, son fundamentalmente dos.

La primera puede extraerse del cuadro analítico que hemos utilizado en este trabajo. Puede afirmarse que, una vez que se dan las circunstancias que propician aquella transformación, ésta será tanto más rápida cuanto más bajo sea el nivel de institucionalización alcanzado por el partido en el periodo anterior. Por el contrario, cuanto más alto sea el nivel de institucionalización, más instrumentos tendrá el partido para resistir las presiones que la empujan a transformarse: por ejemplo en Francia, el PCF que es una institución muy fuerte, ofrece más resistencia que otros partidos; en Italia la DC o el PSI se transforman, al menos en ciertos aspectos, antes que el PCI, etc.

La segunda variable la señala el propio Kichheimer: reside en el grado de fragmentación del sistema de partidos. Son sobre todo los grandes partidos, desde el punto de vista de su fuerza electoral, los que según Kirchheimer, experimentan las mayores presiones en favor del cambio. Por tanto, cuanto menos fragmentado se halle el sistema de partidos, y más dominado por la presencia de unas pocas grandes organizaciones, el cambio se producirá antes y más rápidamente. Una fragmentación excesiva del sistema de partidos tiende, por el contrario, a frenar, a retardar la transformación.

Las causas de la progresiva consolidación del partido profesional-electoral se hallan en el medio que rodea a los partidos. Los cambios organizados surgen bajo el impulso de un desafío exterior, de un desafío generado por cambios en el entorno (y que actúan sobre los partidos en la forma descrita en el capítulo XIII). Hay dos tipos de cambios ambientales que afectan desde hace tiempo a las sociedades occidentales y que parecen hallarse en el origen de esta transformación^{7bis}.

⁷ En otros aspectos, sin embargo, el caso italiano abre amplios márgenes de incertidumbre: El PCI es un partido en el que la profesionalización se halla muy avanzada y en el que existen aspectos pertenecientes a ambos tipos que se entrelazan y se superponen (dando lugar a tensiones internas) desde hace ya algunos años.

^{7bis} Por otra parte, se trata de retos de distinto género. El reto externo que hace de catalizador del cambio organizativo es un reto de tipo coyuntural (una derrota electoral, etc.). Los retos que ahora contemplamos son en cambio de tipo estructural, surgen como consecuencia de grandes transformaciones de lenta gestación en el entorno de los partidos. Naturalmente, entre los retos coyunturales y los retos estructurales, existe una determinada relación, en cuanto que los segundos, para producir transformaciones en los partidos, tienen que ser «activados» por retos del primer tipo.

El primero de esos cambios, sobre el que investigan tradicionalmente los sociólogos, afecta a los sistemas de estratificación social y tiene que ver con las modificaciones que se han producido, no sólo en la proporción entre los distintos grupos ocupacionales (descenso de la fuerza de trabajo empleada en la industria, inflación del sector terciario, etc.) sino también en las características y actitudes culturales de cada grupo. Los análisis que insisten en describir la composición social del electorado y de los afiliados a los partidos, marginando este aspecto, no ayudan a clarificar las cosas. Constatar, por ejemplo, que tal o cual partido comunista o socialista tiene aún, más o menos, la misma proporción de electorado «obrero» que en otro tiempo, significa poco o nada si se olvida que, entre tanto, la fisonomía de la clase obrera en el mundo occidental ha cambiado profundamente. Y que si la división histórica, con importantes consecuencias sobre toda la trayectoria de los partidos comunistas y socialistas (y de las organizaciones sindicales naturalmente), ha sido la que se establecía entre obreros cualificados y los no cualificados, hoy en cambio la división principal es la que existe entre los obreros de los sectores industriales básicos, sindical y políticamente representados, y los nuevos obreros marginales de los sectores industriales periféricos⁸. Y esto es algo que cambia profundamente el rostro político del electorado de esos partidos (puesto que incide sobre el contenido de las demandas políticas). Al igual que tiene poco sentido medir el grado de adhesión a los distintos partidos de las clases medias sin considerar los cambios en las actitudes y en los comportamientos políticos derivados de las modificaciones que se han producido en la fisonomía de ese sector social⁹. De modo análogo, no basta, en el caso de los partidos confessionales, con verificar la «cantidad» de creyentes, que siguen aún a estos partidos, si no se tienen en cuenta también los cambios que comporta el proceso de secularización y la difusión de la enseñanza, en las relaciones entre los creyentes, las instituciones religiosas y los partidos.

Las transformaciones de la estructura social que la teoría socioló-

⁸ Cfr. A. Pizzorno, *I soggetti del Pluralismo*, cit., p. 209. En relación con el caso italiano las investigaciones sobre el mercado de trabajo han sacado a la luz estos dos aspectos: cfr. las observaciones elaboradas, a partir de estas investigaciones, por Massimo Paci, Aris Accernero y Bianca Baccalli, en AAVV, *Mutamento e classi sociali in Italia*, Napoli, Liguori, 1981.

⁹ Una vez más, sobre el caso italiano, cfr. C. Carboni, (ed.), *I ceti medi in Italia*, Bari, Laterza, 1981.

gica contemporánea intenta descifrar con acentos distintos y una gran variedad de etiquetas (sociedad compleja, sociedad postindustrial, sociedad tardío-capitalista, etc.)¹⁰ repercuten en los partidos, modifican las características de su territorio de caza y actúan sobre sus escenarios políticos. El electorado, por ejemplo, se hace social y culturalmente más heterogéneo y menos controlable por los partidos a través de la organización. Y ello crea una fuerte presión en favor del cambio organizativo.

El segundo cambio que se ha producido es de tipo tecnológico y consiste en una reestructuración del campo de la comunicación política bajo el impacto de los mass-media y, en particular de la televisión (la fecha emblemática es 1960 con ocasión de las elecciones presidenciales en EEUU). Poco a poco, el papel central que en todas partes ha adquirido la televisión en la competición política, comienza a desplegar sus poderosos efectos sobre la organización de los partidos¹¹. Cambian las técnicas de propaganda y ello genera un terremoto organizativo: los viejos roles burocráticos pierden terreno como instrumento de organización del consenso y nuevas figuras profesionales adquieren un peso creciente¹². Al modificar las formas de

¹⁰ Sobre la sociedad postindustrial la referencia obligada son los dos trabajos que, desde ángulos políticos y científicos distintos, han afrontado más brillantemente el tema: D. Bell, *The Coming of post-Industrial Society*, New York, Basic Books, 1973, y A. Touraine, *La Société Post-Industrielle*, Paris, Editions Denoël, 1969. Para un análisis crítico de esta literatura, cfr. K. Kumar, *Prophecy and Progress*, Harmondsworth, Penguin Books, 1978.

¹¹ Cfr. L. Maisel (ed.), *Changing Campaign Techniques*, London, Sage Publications, 1977. Sobre el caso de los Estados Unidos, vid. A. Rawley Saldich, *Electronic Democracy*, New York, Praeger, 1979.

¹² Fundamentalmente son dos los tipos de profesionales que surgen bajo el impulso de las transformaciones que han experimentado los sistemas de comunicación política: por un lado, los técnicos de la comunicación en sentido estricto (los expertos en sondeos, los especialistas en el uso de los mass media, etc.); por otro, los especialistas en los distintos sectores a los que se extiende la intervención de los partidos (economistas, urbanistas, etc.) puesto que la concentración de las campañas en las «issues» comporta una tecnicificación creciente del contenido de los mensajes políticos. Sobre el carácter altamente profesionalizado de las campañas electorales en los Estados Unidos, hay datos útiles en R. K. Scott, R. J. Hrebennar, *Parties in Crisis. Party Politics in America*, New York, Wiley and Sons, 1979, esp. p. 155 y ss. Sobre la profesionalización alcanzada en nuestros días por los partidos británicos (con contratos a plazo con especialistas del sector publicitario), cfr. R. Rose, *The Problem of Party Government*, cit., pp. 60-89. Sobre la CDU cfr. E. K. Schenck, R. Wilderhman, *The Professionalization of Party Campaigning*, en M. Dogan, R. Rose (eds.) *European Politics: A Reader*, cit., pp. 413-426.

la comunicación política con un público más heterogéneo y en general más instruido, los mass-media empujan a los partidos a desarrollar campañas «personalizadas», centradas en los candidatos, e «issue-oriented», es decir, centradas en temas específicos de alto contenido técnico que deben ser confeccionados por los expertos en los distintos campos.

La televisión, junto a los grupos de interés, se convierte en una correa de transmisión entre los partidos y sus electores más importantes (aunque precaria por definición) que las tradicionales organizaciones colaterales y que los funcionarios o los afiliados. Funcionarios y militantes aún son funcionales para la organización, pero su papel se ve reducido por la consolidación de la política televisiva. Una de las consecuencias de este proceso es que tiende a delinearse de distinta forma —con distinta intensidad en función de las circunstancias del partido— el mapa del poder organizativo en los diversos partidos. Los afiliados (y los funcionarios) cuentan menos ya sea desde el punto de vista financiero, ya sea en cuanto lazo de unión con los electores. Y ello acarrea un declive del peso político de los dirigentes del partido (cuyo poder organizativo se basaba en el intercambio desigual con los funcionarios y con los afiliados) mientras crece simétricamente el peso de los representantes públicos que ocupan cargos electivos.

Los cambios en la estructura social y en los sistemas de comunicación política, contribuyen a erosionar las subculturas políticas tradicionales, «congeladas» durante largo tiempo, gracias a la fuerte implantación organizativa de los partidos burocráticos de masas. El área del electorado fiel se reduce y declina ese alto nivel de identificación con los partidos que aseguró en el pasado la estabilidad electoral de la mayor parte de los países europeos¹³. El electorado se hace más independiente del partido, la integración social «desde

¹³ Cfr., sobre la evolución electoral examinada por S. B. Welinetz, *Stabilità e mutuamento nei sistemi partitici dell'Europa occidentale*, «Rivista Italiana di Scienza Politica», III (1978), pp. 3-55. Cfr. también los análisis contenidos en P. H. Merks (ed.), *Western European Party Systems*, New York, The Free Press, 1980. El fenómeno de la decadencia de la identificación con los partidos, antes de comenzar a manifestarse en Europa había alcanzado ya a los Estados Unidos: cfr. N. H. Nie, S. Verba, J. Petrocik, *The Changing American Voter*, Cambridge, Harvard University Press, 1976. Sobre conexiones entre la decadencia de la identificación con los partidos, los mass media y los cambios en la estructura social, vid. E. C. Ladd Jr., C. D. Hadley, *Transformations of the American Party System*, New York, Norton Co., 1978².

la cuna al féretro» en un fenómeno que ya sólo afecta, en todas partes, minorías en declive. Aumenta de este modo la «turbulencia», la inestabilidad potencial del escenario electoral. Y éste es el principal desafío que obliga a los partidos a organizarse, a través de un proceso de mimetismo y de adaptación recíproca, según el modelo profesional-electoral.

El partido burocrático de masas era una institución fuerte. El partido profesional-electoral es, por el contrario, una institución débil. La transformación implica, por tanto, un proceso de desinstitucionalización. La autonomía del partido respecto a su entorno se reduce y, simétricamente, aumenta la autonomía del elector respecto al partido; crece el peso político de los grupos de interés, y la tendencia a la «incorporación» de los partidos al Estado). Se reduce igualmente la coherencia estructural de la organización (al declinar el papel central de los aparatos burocráticos y debido a la profesionalización y al crecimiento de peso político-organizativo de los cargos electos). Y dado que tienden a desaparecer las fuertes subculturas políticas, que daban estabilidad a los escenarios electorales, y garantizaban la autonomía y la coherencia estructural de muchos partidos, no parece aventurado concluir que la época de los partidos institucionales fuertes (los partidos de masas de Weber y de Duverger), está llegando a su fin.

La crisis de los partidos

A pesar de escribir en una época caracterizada por el desarrollo económico y la estabilidad política, y teniendo como punto de referencia el debate que entonces existía sobre el fin de las ideologías, Kirchheimer era consciente de que el éxito del partido-escoba implicaba serios riesgos para la democracia. Su análisis concluía con estas palabras:

La cuestión radica en si esta limitada participación que el partido-escoba ofrece a la población, si su llamamiento a una participación racional y desinteresada en el proceso político a través de los cauces oficialmente reconocidos llegará a funcionar. El instrumento, el partido-escoba, no puede ser mucho más racional que su dueño nominal, el elector, individual. Desde que los electores han dejado de estar sometidos a la disciplina del partido de integración —en los Estados Unidos no lo han estado nunca— pueden

con su apatía y con sus humores cambiantes, transformar el sensible instrumento del partido-escoba en algo demasiado nebuloso para servir de nexo con los titulares funcionales del poder en la sociedad. Si esto fuera así podríamos llegar a tener que lamentar la desaparición del partido de masas de base clasista o confesional (aunque sea inevitable) al igual que lamentamos la desaparición de otros elementos característicos de la vieja sociedad occidental¹⁴.

Veinte años después, cuando la mayor parte de sus previsiones han sido confirmadas por todas partes o se hallan en trance de serlo, y expresiones como «ingobernabilidad» y «crisis de legitimidad» se han convertido en términos de moda en las ciencias sociales occidentales, es fácil afirmar que los presentimientos de Kirchheimer estaban sobradamente justificados. El éxito del partido profesional-electoral coincide con una fase en que la crisis de los partidos es uno de los temas más debatidos por aquellos que se interrogan sobre el presente y el futuro de la democracia en occidente. Sin embargo, para discutir sobre esa crisis presunta o real con algo más que vagas elucubraciones, es preciso desplazar nuestra atención hacia las funciones que estas organizaciones han desempeñado tradicionalmente en los régimenes democráticos: si hay crisis, ésta no puede dejar de manifestarse como una crisis de este tipo de funciones¹⁵. Acudiendo una vez más a Kirchheimer, hay tres funciones¹⁶ que pueden considerarse como características de los partidos:

1. Una función «integrativa» o «expresiva». Los partidos estructurales

¹⁴ D. Kirchheimer, op.cit. pp. 346-347 de la edición castellana.

¹⁵ El problema de la transformación/crisis de los partidos, en relación con los efectos sobre el proceso político, más general ha sido afrontado estos años por una abundante literatura: cfr. entre otros, L. Maisel, P. M. Sacks (eds.) *The Future of Political Parties*, London, Sage Publications, 1975, L. Maisel, J. Cooper (eds.), *Political Parties: Development and Decay*, London, Sage Publications, 1978, AAVV, *Il Partito Politico e la crisi dello Stato sociale: ipotesi di ricerca*, Bari, De Donato, 1981.

¹⁶ O. Kirchheimer, ep. cit. p. 335 de la ed. castellana. Al igual que hace Kirchheimer empleamos el término «función» con el significado de «actividad relevante para el sistema político». He preferido mantener el término, consolidado por el uso, aunque comparto las objeciones formuladas por A. Pizzorno (*I soggetti del pluralismo*, cit., p. 11 y ss.) a las teorías funcionalistas de los partidos políticos. Por otra parte debería estar claro que, desde mi punto de vista, el examen de las funciones tiene sentido si, y solamente si, el nivel de análisis es el sistema político, mientras que es una fuente de errores, a mi juicio, cuando el objeto de estudio es un partido concreto, considerado en su dimensión organizativa. Introduzco ahora esta problemática porque sólo en este capítulo el análisis pasa, de los partidos, al sistema político.

turan las «demandas generales», de defensa/transformación del orden social y político¹⁷. Naturalmente, los partidos no se han limitado nunca a transmitir u organizar las «demandas generales», sino también las «reivindicaciones particulares», sociales o de grupo¹⁸. Pero lo que se considera típico de los partidos, es la organización de las «demandas generales». Sin embargo, el aspecto más importante de esta función no es la simple transmisión de las reivindicaciones, sino, sobre todo, la configuración y el mantenimiento de la identidad colectiva a través de la ideología. La ideología es un mecanismo para diferir en el tiempo los beneficios (se acepta el sacrificio de hoy con la esperanza de una sociedad mejor el día de mañana)¹⁹. Se entiende por ello que la función integrativo/expresiva de los partidos haya desempeñado a menudo un papel decisivo en la estabilidad de los sistemas políticos: hasta tal punto que incluso los partidos llamados anti-sistema, han contribuido en muchos casos a la estabilización de los sistemas políticos, funcionando como reguladores y válvulas de seguridad de la protesta social²⁰.

2. La función de seleccionar a los candidatos a los cargos públicos, así como, en diferente medida según los Estados, de numerosos funcionarios que ocupan cargos dirigentes no electivos. Dicho de otro modo, una función clásica de los partidos en la formación y el suministro de las élites gobernantes del Estado.

3. La función de determinar la política estatal; de participar en la formación de las decisiones que van a obligar a todos.

Ninguna de estas tres funciones han sido nunca monopolio exclusivo de los partidos. La función integrativo/expresiva ha sido desempeñada también por otras instituciones sociales (la familia, la escuela, las instituciones religiosas...). La selección de las élites ha estado siempre influida por los grupos de interés. El proceso de toma de decisiones en el Estado ha funcionado siempre a través de

¹⁷ Lo que no significa en absoluto que los partidos «persigan objetivos» de defensa/transformación del orden social y político como pretende la perspectiva tecnológica.

¹⁸ Cfr. A. Pizzorno, *I soggetti del pluralismo*, cit., p. 19 y ss.

¹⁹ Ibidem, p. 130 y ss.

²⁰ Cfr. G. Lavau, *Il PCF, lo Stato e la Rivoluzione. Un analisi delle politiche, delle comunicazioni e della cultura popolare del partito*, en D., L. M. Blackmer, S. Tarrow (ed.), *Il comunismo in Italia e in Francia*, cit., pp. 57-99.

negociaciones entre los partidos, los grupos de interés «privados»²¹, y los centros de poder institucional (la alta burocracia, la élite militar, etc.). Al hablar de crisis en relación con las funciones tradicionalmente desempeñadas por los partidos, no estamos refiriéndonos a la pérdida de un monopolio (que nunca ha existido), sino, más bien, a un proceso de marginación, de reducción del papel de los partidos. Justamente esto es lo que parece estar ocurriendo con la implantación del partido profesional-electoral. Este tipo de partido, a diferencia del viejo partido burocrático de masas, no contribuye a fijar ningún tipo de identidad colectiva. La erosión de las subculturas políticas, a las que servía de aglutinante una ideología determinada, implica virtualmente el final o, por lo menos, un grave debilitamiento de las actividades ligadas a la función integrativa/expresiva. Esta crisis, a su vez, tiene su reflejo en las demás funciones. El vacío de identidad que se abre con la implantación del partido profesional-electoral, produce dos consecuencias: en primer lugar, despeja el camino a la difusión de comportamientos políticos «no convencionales» (de cuyo significado hablaremos a continuación); en segundo lugar —que es lo que nos interesa más directamente aquí— facilita la explosión de las reivindicaciones corporativas, y desencadena la multiplicación de las estructuras de representación de los intereses²². La capacidad de los partidos para seleccionar autónomamente las élites, en los casos en que ésta existía, se deteriora: los grupos, patrocinando directamente a sus representantes políticos (que en su mayoría lo son sólo nominalmente del partido). Incluso la capacidad del partido para determinar la política estatal en su conjunto queda comprometida. Por un lado, los partidos llegados a este punto se ven obstaculizados por los grupos de interés, por la tendencia a la autonomía de las estructuras político-administrativas²³ y por la multiplicación y la competencia de las asociaciones que se constituyen

²¹ Sobre el papel de las empresas en los procesos de toma de decisión de las oligarquías cfr. C. Lindblom, *Politics and Market*, New York, Basic Books, 1977.

²² Lo que implica la crisis de las políticas neocorporativas (o al menos, las hace vacilar), allí donde se habían implantado. En efecto, las estructuras neocorporativas se mantienen estables si existe un número restringido de organizaciones de representación de intereses jerárquicamente ordenadas. Sobre el neocorporativismo vid. P. C. Schmitter, G. Lembach (eds.) *Trends toward Corporatist Intermediation*, London, Sage Publications, 1979.

²³ Esa es la temática desarrollada por N. Luhmann, *Politische Planung*, Oplade, Westdeucher Verlag, 1971.

en torno a problemas concretos. Y, por otro, al renunciar a su papel como organizadores de la identidad colectiva, se ven obligados a entrar en competencia directa de los grupos de interés en la transmisión/satisfacción de «reivindicaciones particulares» (lo que fragmenta y resta eficacia al proceso de toma de decisiones)²⁴. En otras palabras, la correlación de fuerzas entre los partidos y las demás organizaciones que actúan en los distintos escenarios políticos, es tanto más favorable a los partidos, cuanto más se hallan éstos en condiciones de arrojar en la balanza la organización/representación de intereses colectivos. Cuando este *status quo* deja de existir, o se deteriora, la posesión del partido en cuanto organización, se debilita en todas las mesas del juego.

Los cambios en las divisiones políticas

En el gran fresco que Stein Rokkan dibujara sobre la formación de los sistemas de partidos en Europa, se identifican las cuatro fracturas fundamentales que, operando con distinta intensidad y combinándose de distintas formas, explicarían en gran parte las uniformidades y diferencias que se observan en los sistemas políticos: la fractura centro-periferia, la fractura Estado-Iglesia, la fractura entre la ciudad y el campo; (el conflicto entre los propietarios de tierras y la burguesía urbana) y la fractura de clase (asalariados-empleados). Cada una de estas fracturas se tradujo (fue traducida por empresarios políticos), en divisiones políticas y en conflictos sobre problemas específicos. Por ejemplo, la fractura Estado-Iglesia, está en el origen de los grandes conflictos sobre la enseñanza del siglo pasado; la fractura entre la ciudad y el campo, dio lugar a los conflictos

²⁴ Utilizando las categorías de Stein Rokkan, la «ingobernabilidad» puede ser considerada como el resultado de una tensión entre el canal electoral-territorial controlado por los partidos y el canal funcional-corporativo controlado por los grupos de interés. Esta tensión tiende hoy a agravarse ante dos procesos simultáneos y contradictorios entre sí: por una parte la creciente interdependencia internacional que favorece la «transnacionalización» de los grupos de interés y hacia a los Estados nacionales de capacidad de decisión; por otra parte, la total movilización de las «periferias» de los países europeos (en los distintos escenarios nacionales) que refuerza la «territorialidad» y bloquea la posibilidad de soluciones políticas supranacionales (federalistas, etc.) a la crisis del Estado-nación: cfr. S. Rokkan, *I voti contano, le risorse decidono*, Rivista Italiana di Scienza Política, V (1975), pp. 167-176.

aduaneros, etc. Las variaciones de intensidad y de calendario fueron numerosas y no todas esas fracturas dieron lugar en todos los países europeos a un partido específico. La fractura de clase, entre asalariados y empleadores, representó la excepción:

Los conflictos en el mercado de trabajo fueron los más lacerantes en todas partes. Los partidos de la clase obrera surgieron en todos los países europeos, en la ésta de las primeras oleadas de la industrialización. Las crecientes masas de asalariados en los cultivos en gran escala, en las obras de deforestación o en la industria, sufrían las consecuencias de las condiciones de trabajo y de la inestabilidad de los contratos, y muchos de ellos terminaron por sentirse cada vez más alienados social y culturalmente respecto a los propietarios y empleadores. El resultado fue la formación de diversos tipos de sindicatos y el desarrollo de los partidos socialistas nacionales.²⁵

La fractura de clase, que desempeña un papel clave en todas partes (aún con enormes variaciones en cuánto a las formas de manifestarse) se hallan en el origen de la división política fundamental entre partidos socialistas y partidos no socialistas. Y los problemas políticos ligados a esta división, adquirieron un peso predominante en la «jerarquía» de los problemas políticos de la mayor parte de los países europeos.²⁶

En base a esta interpretación, es posible comprender por qué el espacio político de la lucha electoral se configuró durante largo tiempo como un espacio unidimensional²⁷ el continuum derecha-izquierda, se afirmó casi en todas partes como el «mapa cognitivo» (con la ayuda del cual se producía la identificación con los partidos). Se convirtió en el elemento condicionante de las actitudes hacia la política.²⁸ Ese continuum derecha-izquierda, se configuraba esencial-

²⁵ S. Lipset, S. Rokkan., *Cleavage, Structure, party Systems and Voter Alignments*, New York, The Free Press, 1967, p. 21.

²⁶ Los problemas políticos se ordenaban jerárquicamente casi siempre, en los países europeos, sobre la base de su «relevancia». Lo que se debía al hecho de que el elector, generalmente, no debía pronunciarse sobre problemas singulares sino sobre conjuntos estructurales de problemas (packages), *Ibidem*, p. 2 y p. 6.

²⁷ Cfr. G. Sartori, *Parties and Party Systems*, cit., pp. 324-356. Para una verificación empírica del papel de la dimensión izquierda/derecha en la competición electoral en Europa, cfr. W. R. Inglehart, H. D. Klingemann, *Ideological Preference and the Left-Right Dimension Among Western Mass Publics*, en I. Bugge et al. (eds.) *Party Identification and Beyond*, New York, Wiley and Sons, 1976, pp. 243-273.

miente, al menos en Europa, en torno a los problemas socio-económicos ligados a la fractura de clase; en una época de expansión de las políticas esenciales, el problema político dominante, que permitía situar a los electores y a los partidos a lo largo de aquel continuum, era el grado de intervención estatal en la economía.²⁸

¿Es posible afirmar que las transformaciones que están produciéndose son de tal naturaleza que terminarán por alterar la fisonomía del espacio político en que se desarrolla la lucha política? Pienso que sí. La razón fundamental es que la conexión entre aquellas fracturas estructurales y los problemas políticos, está cambiando en todas partes. Era una conexión que se había mantenido estable a lo largo del tiempo, gracias a los partidos y a las subculturas políticas que éstos contribuían a estructurar. Pero esas subculturas decaen a medida que se consolida el partido de tipo profesional-electoral. Por otra parte, los términos de las divisiones políticas están cambiando. Como hemos dicho, la división política principal tenía que ver con el «quantum» de intervención estatal en la economía: más intervención significaba política en favor del «trabajo»; menos intervención significaba política en favor del «capital». Las divisiones y posicionamientos de clase, los grupos penalizados o favorecidos por las distintas decisiones eran reconocibles (culturalmente reconocibles, a través de las lentes más o menos deformantes de las subculturas políticas), en los conflictos sobre la política económica. Pero los dilemas de mediados de los años setenta en adelante, son distintos: la alternativa desempleo/inflación; no diferencia grupos sociales siempre reconocibles. El desempleo es también desempleo intelectual. La inflación divide a los asalariados entre sectores sindicalmente protegidos, que disponen de mecanismos compensatorios, y sectores no protegidos, y al mismo tiempo, surca y divide a los sectores burgueses, golpeando las rentas del trabajo, atacando el poder de las empresas y propiciando su endeudamiento, e incentivando a los grupos y sectores de carácter financiero y especulativo.²⁹ Las distinciones culturales (clases subalternas versus clases privilegiadas, movilización colectiva versus movilización individual, colectivización de

²⁸ No por casualidad Downs fue el primero en proponer y en profundizar la idea de un espacio político unidimensional izquierda/derecha definido en función de las distintas posiciones de los partidos sobre el problema de la intervención estatal en la Economía: cfr. A. Downs, *An Economic Theory of Democracy*, cit.

²⁹ Sobre el caso italiano, cfr. M. Salvati, *Alle origini dell'inflazione italiana*, Bolagone, Il Mulino, 1978.

los medios de producción versus libre mercado, etc.), que daban sustancia y sentido al «mapa cognitivo» se atenúan en el momento en que deja de estar claro cuáles son los estratos sociales que salen favorecidos o perjudicados por las distintas opciones³⁰.

En los conflictos ligados a la llamada «antipolítica»³¹, el fallo de las tradicionales divisiones entre derecha e izquierda, se manifiesta más claramente aún. La oposición al *Big Government* (USA), al «Estado de partidos» (Alemania) o a la «partitocracia» (Italia) es, o puede ser, el resultado de impulsos que tienen motivaciones políticas contradictorias (la protesta libertaria contra la «opresión» de la burocracia o la revancha conservadora frente a la expansión del Estado)³². Los planteamientos ecologistas pueden merecer el apoyo de los jóvenes de orientación radical pero también de la población de las zonas rurales directamente amenazadas por la instalación de centrales nucleares. Los movimientos feministas de los años setenta han generado divisiones en el seno de las subculturas políticas tradicionales. La reanudación de los conflictos étnico-lingüísticos en ese mismo período, no puede interpretarse en base a la división tradicional izquierda-derecha. Las listas electorales «alternativas» (ecologistas) en Francia o Alemania, a diferencia de las más tradicionales de la *New Left* de los años sesenta, han obtenido apoyos también entre el electorado tradicionalmente de centro-derecha, etc.³³.

³⁰ Este fenómeno se halla directamente conectado con la falta de una «contradicción fundamental» a medida que aumenta la complejidad social: cfr. G. E. Rusconi, *Il concetto di società complessa. Una esercitazione*, «Quaderni di Sociologia», XXVIII (1979), pp. 261-272. Lo que obliga a también, a los estudiosos de inspiración marxista a volver a poner en discusión el «modelo dicotómico» marxiano fundado en la «centralidad obrera» en los procesos de transformación como canon interpretativo de los cambios políticos: cfr. las reflexiones de F. Stame, *I luoghi della restaurazione*, «Quaderni Piacentini», (1981), pp. 29-41.

³¹ S. Berger, *Politics and Antipolitics in Western Europe in the Seventies*, «Dædalus», Invierno (1979), pp. 27-50 y J. Calton Thomas, *The Changing Nature of Divisions in the West: Trends in Domestic Policy Orientation in Ten Party Systems*, «European Journal of Political Research», VII (1979), pp. 397-413.

³² Por otra parte la interconexión entre el Estado y los partidos (en Europa, que no en los Estados Unidos) hace que a menudo no pueda distinguirse entre las revueltas contra los partidos y las revueltas anti-welfare. Sobre estos problemas cfr. M. D. Hanceck, G. Sjoberg (eds.), *Politics in the Post-Welfare State*, New York and London, Columbia University Press, 1972. Cfr. también M. Farrera, *Rivolta contro il Welfare State? «Il Mulino»*, XXIX (1980), pp. 567-588.

³³ Sobre el caso italiano vid. R. Lewanski, *Environmentalism and New Values in Italy: New Skin for Old Ceremony?* ponencia presentada en el seminario del ECPR

De este modo el espacio político tiende a adquirir un carácter multidimensional: el tradicional continuum derecha-izquierda, sigue siendo una dimensión básica de la política, pero tiende a surgir una nueva dimensión que se superpone a la anterior. Ronald Inglehart, al explorar las consecuencias del surgimiento de valores postmaterialistas, habla de una división establishment/antiestablishment que no coincide con la división más tradicional entre derecha e izquierda³⁴. Se trata de una división que separa a las clases dirigentes (en sus componentes tanto de derecha como de izquierda, a los partidos conservadores pero también a los socialistas, a las organizaciones empresariales y a las grandes centrales sindicales) respecto a grupos de ciudadanos de cierta consideración. Existen numerosos signos en los distintos países europeos que indican que esta división parece destinada a subsistir y, tal vez, a profundizarse. Esta división se manifestó inicialmente en los movimientos colectivos de los años sesenta y setenta y se expresa hoy a través de una gran variedad de comportamientos políticos «anticonvencionales», desde el voto de protesta a la abstención, desde el apoyo más o menos efímero a «listas alternativas», al distanciamiento total de la política³⁵. Esta división no comporta necesariamente la implantación definitiva de nuevas organizaciones políticas (al igual que las fracturas examinadas por Rekkan no siempre conducen a la formación de nuevos partidos). Pero el espacio político se modifica, se hace, cuando menos,

sobre la ecología y política, Lancaster, marzo 1981, a ciclostil. Para una comparación Italia-Francia, vid. E. Colito, *Un étude comparative entre le parti radical italien, le PS et la Mouvement Ecologique français*, Institut d'Etudes Politiques de Paris, 1980, a ciclostil.

³⁴ R. Inglehart, *Political Action. The Impact of Values. Cognitive Level and Social Background*, en S. H. Barnes, M. Kaase (eds.), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, London, Sage Publications, 1979, p. 353. La existencia de una división establishment/antiestablishment en el caso italiano está documentada empíricamente por A. Marradi, *Dimensioni dello spazio politico in Italia*, «Rivista Italiana di Scienza Politica», IX (1979), pp. 263-296. En la ponencia presentada al simposio citado anteriormente, yo había definido este mismo fenómeno como la fractura entre «intereses difusos» e «intereses organizados».

³⁵ Sobre los comportamientos políticos no convencionales cfr. S. Barnes, M. Kaase (eds.), *Political Action*, cit. Los protagonistas son sobre todo jóvenes y mujeres. Sin embargo, las fracturas generacionales, y las relacionadas con los roles sexuales no lo explican todo. En la división establishment/antiestablishment tal como la entendemos aquí entran una pluralidad de actitudes y comportamientos (incluyendo las simpatías por el terrorismo político y las revueltas fiscales), cuyo único denominador común es la oposición a la clase dirigente en sus distintos componentes.

bidimensional: una nueva dimensión, que se halla en la raíz de los comportamientos «no convencionales», se superpone de un modo estable, a la dimensión tradicional izquierda-derecha, a la que se hallan ligados las identificaciones con los partidos y los comportamientos políticos de tipo «convencional»³⁶.

La objeción que suele suscitarse cuando se plantea la existencia de esta nueva división, y se apuesta por su persistencia, es que las divisiones políticas que cuentan, al menos «en última instancia», son las relacionadas con las «fracturas estructurales» de Rokkan que separan, bien grupos sociales con perfiles netos y reconocibles, bien instituciones, como en el caso del conflicto Iglesia-Estado. Hay tres maneras distintas de responder a esta objeción.

En primer lugar, hay que señalar que sabemos aún demasiado poco sobre la relación existente entre las transformaciones que se están produciendo en los sistemas de estratificación social, y los conflictos políticos, como para poder excluir de modo categórico la relación entre la división establishment/antiestablishment y las (nuevas) fracturas estructurales. Es posible que en la base de esta división, se hallen los cambios, inducidos por la intervención del Estado, en la composición de la clase obrera y de las clases medias (que podrían, por ejemplo, preanunciar una alianza entre determinados sectores del terciario, con un elevado nivel de instrucción, y el proletariado marginal)³⁷.

En segundo lugar, hay que decir que la teoría de Rokkan, como otras análogas, ha sido elaborada para explicar las modalidades de la génesis y consolidación de los regímenes políticos europeos actuales,

³⁶ Naturalmente no siempre existe una fractura neta entre comportamientos políticos convencionales (ligados a la dimensión derecha/izquierda) y no convencionales. Muchos de los protagonistas y simpatizantes de los movimientos «antipolíticos» tienen también sus puntos de referencia ideológicos en la «derecha» o en la «izquierda» entendidas al modo tradicional.

El resultado final de estos procesos es obviamente imprevisible. Siempre puede ocurrir que una eventual profundización de la división establishment/antiestablishment acabe en un cierto momento por crear, en algunos países, una masa de maniobra destiendida a aglutinarse en nuevas organizaciones subversivas (respecto a los regímenes democráticos) ya sea de extrema derecha o de extrema izquierda. De este modo la unidimensionalidad del espacio político se reconstruiría, pero se abrirían también, como en los años veinte y treinta, graves riesgos para los regímenes democráticos.

³⁷ Una brillante exploración de los posibles conflictos y de las posibles alianzas entre estamentos sociales en ascenso y estamentos sociales en decadencia en la sociedad postindustrial ha sido desarrollada por S.P. Huntington, *La politica nella società postindustriale*, «Rivista Italiana di Scienza Política», IV (1974), pp. 489-525.

y no puede pretenderse que sirva para iluminar también los pasos posteriores, es decir, las transformaciones que aquellos regímenes están experimentando en nuestros días. Más concretamente, el planteamiento analítico que distingue entre las fracturas estructurales y su traducción política (que recuerda, y no por casualidad, la distinción marxiana entre estructura y superestructura), fue puesto a punto para interpretar la formación de los regímenes políticos en la época del capitalismo de libre competencia, cuando el Estado no se había convertido aún en el principal agente de los procesos de reproducción/transformación de los sistemas sociales. Es dudoso que aquel planteamiento pueda utilizarse, sin adaptaciones, para explicar los conflictos y las divisiones políticas actuales.

En tercer lugar, es preciso considerar que si ni siquiera en el pasado, probablemente, fueron las fracturas estructurales las únicas que tuvieron consecuencias políticas. Hans Daalder, por ejemplo, argumentó en su momento que en la formación de los sistemas políticos de la Europa moderna tuvieron un papel central dos tipos de división que no tenían una conexión necesaria ni inmediatamente detectable con fracturas de tipo estructural, al saber, las que se produjeron en torno a las nacionales y al problema del régimen³⁸. Al igual que estas divisiones, combinándose desde luego con otras, provocadas por las fracturas de tipo estructural, contribuyeron a modular el peso de la sociedad preindustrial a la sociedad industrial, no me parece en absoluto imprescindible la hipótesis de que, junto otros tipos de división, el cleavage establishment/antiestablishment se convierta en una fuente fundamental de conflicto en la transmisión política de la sociedad industrial a la sociedad postindustrial³⁹. Y, desde luego, se puede sostener que el modo e intensidad con que esta

³⁸ H. Daalder, *Parties, Elites and Political Development in Western Europe*, en J. LaPalombara, M. Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, cit., pp. 43-77.

³⁹ La expresión sociedad «postindustrial» es una etiqueta (tan válida como cualquier otra) para indicar ciertos fenómenos (el carácter central de la ciencia en el proceso productivo, el surgimiento de nuevos estamentos sociales, etc.) que están transformando el rastro de las sociedades occidentales. La sociedad postindustrial, sin embargo, no es una sociedad postcapitalista. Se trata de una evolución en el seno del capitalismo que, sin embargo, modifica su funcionamiento; cfr. A. Touraine, *L'Après Socialisme*, Paris, Grasset, 1980, pp. 125. A falta de otras mejores, la expresión «postindustrial» me parece preferible a laq de «tardecapitalismo» que evoca «grosso modo» al mismo conjunto de fenómenos, pero también, la idea de un capitalismo en su último estadio, próximo a su definitivo hundimiento.

división termine por manifestar sus consecuencias políticas, dependerá de las condiciones específicas de cada sociedad, así como del modo en que actúen en los distintos contextos nacionales los empresarios políticos surgidos al amparo de esta división⁴⁰.

La transformación del espacio político en un espacio de tipo multidimensional se halla relacionada con la consolidación del partido profesional-electoral así como con las tensiones políticas que la acompañan. Por un lado, la división establishment/antiestablishment contribuye a acelerar la transformación de los partidos, debilitando aún más las subculturas políticas tradicionales. A su vez la implantación del partido profesional-electoral crea un vacío de identidades colectivas, agrava la crisis de legitimidad de los sistemas políticos y exaspera, por tanto, la división establishment/antiestablishment. Por otro lado, esta división, al contribuir a la transformación del espacio político en que se desarrolla la lucha política en un espacio multidimensional, de modo permanente, acentúa la situación de ingobernabilidad ya agravada por las tensiones corporativas. Estas, a su vez, han sido desencadenadas por la decadencia de la función expresiva de los partidos y por la crisis económica⁴¹. El espacio político de tipo unidimensional, al permitir a los electores, «economizar» informaciones (la «imagen» general del partido cuenta más que el conocimiento de los programas y de las políticas), facilita las opciones electorales, estabiliza comportamientos y expectativas, y ofrece a los actores políticos (tanto a los electores como a los empresarios políticos) criterios de decisión y valoración suficientemente unívocos y con un significado inmediatamente comprensible⁴². Sobre todo en los sistemas multipartidistas en los que el elector encuentra mayores

⁴⁰ Sobre el papel activo que las élites han desempeñado en la formación y profundización de las divisiones políticas cfr. A. Zuckerman, *Political Cleavage: A Conceptual and Theoretical Analysis*, «British Journal of Political Science», V (1975), p. 243 y ss. Determinadas élites políticas juveniles, precedentes de las filas de la *New Left*, han tenido un papel de primer plano en la reactivación de los movimientos étnicos en Europa: cfr. E. Allardt, *I mutamenti nella natura dei movimenti etnici: della tradizione alla organizzazione*, «Il Mulino», XXVIII (1979), pp. 323-348.

⁴¹ Cfr. L. Thurow, *The Zero-Sum Society*, New York, Basic Books, 1980. El problema de los científicos ligados a la expresión corporativa es tratada ampliamente por la literatura que trata de la ingobernabilidad en sus diversas ramificaciones científicas y políticas. Para una útil reseña, cfr. C. Donolo, F. Fichera, *Il governo debole. Forme e limite della razionalità politica*, Bari, De Donato, 1981.

⁴² Cfr. G. Sartori, *Parties and Party Systems*, cit., p. 324 y ss.

dificultades para distinguir entre los distintos partidos⁴³, la unidimensionalidad del espacio político desempeña una insustituible función estabilizadora de los intercambios que se realizan en el mercado electoral. La reconstrucción de ese espacio en sentido multidimensional elimina esta ventaja, desorienta a los actores políticos, hace más caótica la competición, y acentúa la «turbulencia» e inestabilidad y el carácter imprevisible de los escenarios políticos.

Conclusiones

A la luz de un paradigma clásico de la teoría del cambio social; el paso de la participación «total» que caracteriza al partido de integración (el partido burocrático de magas), a la participación limitada y parcial del partido profesional-electoral, podría considerarse como una de las múltiples consecuencias de una tendencia más general a la diferenciación y especialización de los grandes agregados sociales. Ciertas funciones que antaño desempeñaban los partidos, son asumidas por otras organizaciones: por ejemplo, los sistemas «privados» de bienestar organizados por los grandes partidos socialistas y confessionales entre el final del siglo pasado y los comienzos de éste, dejan paso en cierto momento a los sistemas «públicos» (nuevos entes públicos asumen las funciones que antiguamente correspondían a los partidos). De modo análogo, la socialización política deja de estar confiada predominantemente a las organizaciones de partido, y se hace más dependiente de los mass-media y de los contactos interpersonales favorecidos por el aumento de la movilidad horizontal. Los partidos, por tanto, se ven obligados a especializarse más, y el paso de la participación «de la cuna a la tumba» a una participación más limitada y parcial es una consecuencia de ello. Efectivamente, todos estos elementos constituyen una clave de lectura posible, si hacemos la salvedad de que la tradición sociológica a la que me he referido, al considerar en todo caso como un signo de progreso cualquier aumento de la diferenciación y especialización de los sistemas sociales, a menudo subestiman los aspectos disfuncionales y desestabilizadores que implica una especialización excesiva. El éxito del partido profesional-electoral crea en efecto, más problemas de los que resuelve. Se trata ciertamente de un producto de

⁴³ Ibidem, p. 341.

la modernización, del aumento de los niveles de instrucción, de la enorme mejora en las condiciones de vida de grupos enteros y de clases y segmentos de clase que anteriormente se hallaban política y socialmente penalizados. Y, ciertamente, en muchos aspectos, esta transformación coincide con una época en la que la participación se produce en una forma menos deferente y subalterna respecto a las élites políticas, que la que se producía en el partido burocrático de masas. Sin embargo, el partido profesional-electoral crea también un vacío de identidades colectivas. El elector se hace más independiente, más autónomo, menos controlable y menos expuestos a las presiones de las «oligarquías» descritas por Michels, pero también más sólo y más desorientado. El malestar social que se manifiesta en la división establishment/antiestablishment, en la turbulencia de los escenarios electorales, en la efervescencia de los movimientos colectivos, es también el fruto de la decadencia, de la pérdida de credibilidad y el atractivo de las viejas estructuras de solidaridad (tanto político-partidarias como de tipo prepolítico)⁴⁴. Es posible que, con el tiempo, la era del partido profesional-electoral resulte ser una fase de transición, y tal vez, relativamente breve.

Aunque ciertamente los resultados variarán en cada caso, en función de las peculiaridades nacionales, hay tres tipos de evolución que (separadamente o en combinación) parecen más verosímiles que otros:

1. Una primera posibilidad es que la parábola iniciada concluya su trayectoria; o sea, que el partido profesional-electoral se revele como una forma intrínsecamente inestable que anuncia la disolución de los partidos en cuanto a organizaciones⁴⁵. El punto final sería una

⁴⁴ La crisis de las solidaridades tradicionales está ligada, para algunos autores, a la erosión del «núcleo prescriptivo», ese acuerdo «en lo fundamental» sin el que no es posible ningún orden ni político ni social. En esta interpretación, la ingobernabilidad no es otra cosa que la manifestación política de un proceso más profundo: la erosión de las reglas comunitarias, consecuencia extrema a su vez de la modernización. Cfr., G. Germani, *Democrazia e autoritarismo nella società moderna*, «Storia Contemporanea», XI (1980), pp. 177-217, y D. Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, New York, Basic Books, 1976. Cfr. también, A. Ardigò, *Crisi di governabilità e mordi vitali*, Bologna, Capelli, 1980.

⁴⁵ Es la hipótesis que propone Pizzorno en *Interests and Parties in Pluralism*, cit. La tesis de una ya consumada descomposición de los partidos estadounidenses ha sido sostenida sobre todo por W. D. Burnham: cfr. *American Politics in the 1970s: Beyond Party?*, en L. Maisel, P. M. Sacks (eds.) *The Future of Political Parties*, cit., pp. 238-277. Cfr. también, A. Ranney, *The Political Parties: Reform and Decline*, en

situación en la que los partidos hayan perdido totalmente su identidad organizativa y se transformen en banderas de conveniencia bajo cuya enseña actúen empresarios políticos independientes. Es un proceso que, según algunos, se ha producido ya en los Estados Unidos. Se trata, sin embargo, de un resultado relativamente poco probable, al menos en su forma más extrema, allí donde los partidos se han consolidado originariamente como instituciones fuertes. En todo caso, en este escenario, la crisis de los régimes políticos democráticos tendería a agravarse⁴⁶.

2. La segunda posibilidad es un retorno de la llama ideológica, un intento, por parte de los partidos existentes, de volver a desempeñar la tradicional función expresiva, a través de una recuperación de las antiguas identidades, y con un retorno a los maximalismos, tanto derecha como de izquierda, que les caracterizaron en sus comienzos⁴⁷. Se trataría de un intento de renovación política (en realidad de una vuelta a políticas antiguas en unas circunstancias distintas) que se originaría en el seno del sistema político, y conducido por las organizaciones establecidas, que reaccionarían así a los retos del entorno. No está claro, sin embargo, si y cómo pueden llegar a reconstruirse por esta vía unas determinadas identidades colectivas ni a qué tipo de soluciones político-organizativas podrían ir ligadas.

3. La tercera posibilidad es la de la innovación política en sentido propio (cuyas formas y modalidades son naturalmente, imprevisibles). Pero la innovación es algo que difícilmente surge del seno de un sistema político, y que difícilmente se manifiesta a través de las organizaciones ya consolidadas⁴⁸. Por el contrario, en la mayoría

A. King (ed.) *The New American Political System*, Washington, Enterprise Institute, 1978, pp. 213-247.

⁴⁶ Cfr. G. Pasquino, *Un caso di ingovernabilità: gli Stati Uniti d'America*, «Il Mulino», XXVIII (1979), pp. 805-835. Cfr. también M. Fadele, *Nuovo ceto politico e sistema plebiscitorio in USA*, «Laboratorio Politico», I (1981), pp. 40-68.

⁴⁷ El neoliberalismo conservador y el neosocialismo laborista en Gran Bretaña a partir de finales de los setenta constituyen casos de este tipo. Tendencias análogas se han manifestado también, en otros países europeos, por ejemplo, en Suecia.

⁴⁸ Está naturalmente el caso francés, al experiencia mitterrandiana (apenas iniciada en el momento de concluir este libro). Sobre esta experiencia sin embargo, es mejor suspender el juicio, dado que conviene construir las hipótesis sobre la histeria y no sobre la crónica, sobre la tierra batida y no sobre arena. Aceptando las peculiaridades del caso francés (un ejército fuerte, una experiencia única en Europa de transición de un régimen democrático a otro, la existencia de tradiciones plebiscitarias, etc.) la única hipótesis que, con todas las cautelas del caso, puede avanzarse es la siguiente:

de los casos, la innovación se introduce desde fuera en el sistema por nuevas organizaciones y nuevos empresarios políticos que entran en competencia con las organizaciones establecidas. Esta hipótesis es congruente con la teoría weberiana según la cual la innovación no se origina en las organizaciones institucionalizadas, sino que presupone la irrupción de fuerzas «auténticamente revolucionarias»: los movimientos de tipo carismáticos. El vacío de identidades colectivas que la decadencia de la función integrativo/expresiva de los partidos contribuye a crear, podría abrir finalmente el camino a la formación (y/o a su ubicación en una posición central) de movimientos políticos con pocas analogías con las organizaciones dominantes hasta ahora. La irrupción en la escena política de actores que intenten animar nuevos tipos de identidades colectivas, contribuyendo de ese modo a rediseñar el rostro de las sociedades occidentales más frágiles y más señaladas por el malestar social, podría ser la novedad política de los próximos años. Las características, entre otras de tipo organizativo, que asuman los futuros movimientos políticos, ayudarán a comprender si las previsiones más pesimistas sobre el futuro de la democracia tienen un fundamento o si un autoritarismo de un rostro inédito está destinado a imponerse tras haber arrastrado los frágiles diques del constitucionalismo liberal⁴⁹; o si los régimes democráticos recibirán nueva savia vital, mediante procesos de adaptación/transformación impulsados por nuevos empresarios políticos.

primero con el gaullismo y luego con el mitterrandismo, Francia podría representar efectivamente un modelo y una anticipación. El *bonapartismo democrático* —la «democracia plebiscitaria» dirigida por un líder del que hablaba Max Weber— del que la Francia de la V república es una encarnación bastante fiel, podría relevarse, en la sociedad postindustrial emergente, como la forma de gobierno más idónea para salvaguardar la democracia, garantizando además una expresión política a las continuas erupciones del sistema social.

⁴⁹ Es la tesis implícita en el pesimista ensayo de Germani, *Democrazia e autoritarismo nella società moderna*, cit.

Volumenes publicados

- 319 A. J. Ayer: Parte de mi vida
- 320 Cristóbal Colón: Textos y documentos completos
- Lloyd de Mause: Historia de la Infancia
- 322 Sir Macfarlane Burnet y David O. White: Historia natural de la enfermedad infecciosa
- 323 Stuart Hampshire: Spinoza
- 324 Marvin Harris: El materialismo cultural
- 325 Ferrán Valls i Taberner, Ferrán Soldevila: Historia de Cataluña
- 326 Talcott Parsons: El sistema social
- 327 Kathleen Newland: La mujer en el mundo moderno
- 328 Anthony Kenny: Wittgenstein
- 329 José Lorite Mena: El animal paradigmático
- 330 Joseph D. Novak: Teoría y práctica de la educación
- 331 Edmund Husserl: Investigaciones lógicas
- 332 Jean Piaget y otros: Investigaciones sobre las correspondencias
- 334 Antonio Gómez Mendoza: Ferrocarriles y cambio económico en España (1855-1913)
- 335 Hannah Arendt: Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo
- 336 Svend Dahl: Historia del libro
- 337 Harald Fritzsch: Los quarks, la materia prima de nuestro Universo
- 338 Ramón Tamames: Estructura económica internacional
- 339 Frederick J. Newmeyer: El primer cuarto de siglo de la gramática generativo-transformatoria (1955-1980)
- 340 Pedro Lain Entralgo: La medicina hipocrática
- 341 Richard Sennett: Autoridad
- 342 Julián Zugasti: El bandolerismo
- 343 Curt Paul Janz: Friedrich Nietzsche, 2
- 344 Francisco Tomás y Valiente: Gobierno e Instituciones en la España del Antiguo Régimen
- 345 John Tyler Bonner: La evolución de la cultura en los animales
- 346 Roberto Centeno: El petróleo y la crisis mundial
- 347 Javier Arce: El último siglo de la España romana (284-409)
- 348 Guillermo Araya: El pensamiento de Américo Castro
- 349 Imre Lakatos: La metodología de los programas de investigación científica
- 350 Howard F. Taylor: El juego del C.I.
- 351 Bernard d'Espagnat: En busca de lo real
- 352 Pedro Lain Entralgo: Teoría y realidad del otro
- 353 K. S. Schrader-Frechette: Energía nuclear y bienestar público
- 354 Alvin W. Gouldner: Los dos marxismos
- 355 José Luis Martínez: Pasajeros de Indias
- 356 Julián Marias: Antropología metafísica
- 357 Policía y sociedad democrática. Compilado por José María Rico
- 358 Luis Diez del Corral: El pensamiento político europeo y la monarquía de España
- 359 Crisis en Europa 1560-1660. Compilación de Trevor Aston
- 360 I. Bernard Cohen: La revolución newtoniana y las transformaciones de las ideas científicas
- 361 Leszek Kolakowski: Las principales corrientes del marxismo, III
- 362 José Manuel Sánchez Ron: El origen y desarrollo de la relatividad
- 363 Gustav Henningsen: El abogado de las brujas. Brujería vasca e Inquisición española
- 364 Margaret S. Mahler, Otto F. Kemberg y otros: Diez años de psicoanálisis en los Estados Unidos (1973-1982). Compilación de Harold P. Blum
- 365 E. H. Carr: Las bases de una economía planificada 1926-1929
- 366 Agustín Albaracín Teulón: La teoría celular
- 367 Robin J. Wilson: Introducción a la teoría de grafos
- 368 I. Prigogine e I. Stengers: La nueva alianza (Metamorfosis de la ciencia)
- 369 Teodor Shanin: La clase Incómoda

¿POR QUÉ HACEMOS EL CD?

En 2003 un grupo de estudiantes, graduados y profesores se juntaban con la idea de construir un proyecto alternativo para Ciencia Política en la UBA, trabajando sobre tres pilares: **Excelencia Académica, Inserción Profesional y Oportunidades para Todos**. Hoy continuamos ocupándonos de cuestiones académicas, impulsando nuevas iniciativas para que los estudiantes sigamos teniendo **la mejor carrera de ciencia política del país**, y logremos desarrollarnos como profesionales.

Aunque parezca mentira, todavía los espacios promovidos y gestionados por las agrupaciones tradicionales de la Facultad no están orientados a facilitar nuestras condiciones de cursada. **Uno de los ejemplos más evidentes es el de los apuntes**. Fotocopias caras, de calidad deplorable, y que raramente aparecen cuando los necesitamos para el parcial. Apuntes que se acumulan año tras año y que, además, muchas veces terminan en la basura. ¿Cómo podemos revertir esta situación? No tenemos las fotocopiadoras ni los recursos del Centro de Estudiantes, pero sí muchas ganas de optimizar las condiciones de cursada de todos los estudiantes.

Tras mucho trabajo logramos sacar adelante este CD que tiene como objetivo poner al alcance de todos los textos de clase, para que tengas donde quieras y cuando quieras material bibliográfico de calidad y sin costo alguno. En este CD encontrarás la bibliografía de Fundamentos de Ciencia Política, Teoría Política I, Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales, Teoría y Derecho Constitucional y Economía, además de varios libros de consulta que te pueden ser útiles.

Como **estudiantes de ciencia política** nos proponemos acompañarte en la cursada diaria acercando soluciones y facilidades para que estudiar y recibirse no sea el privilegio de unos pocos. Además, entre todos contribuimos a cuidar un poco el planeta ya que podemos leer desde la compu o imprimir únicamente lo necesario sin desperdiciar hojas.

Desde **Alternativa Académica** apostamos a formar una comunidad de politólogos que colaboren entre ellos. Queremos que se dé un "**Debate Abierto**" donde puedas aportar tus ideas y propuestas. Por eso, te invitamos a ayudarnos a completar y mejorar este CD enviando textos faltantes a info@alternativaweb.com o acercándote a nuestra mesa en el primer piso.

alternativa académica

ESTUDIANTES, DOCENTES Y GRADUADOS – FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES – UBA